

Un problema de clase: una reflexión sobre las identidades que impulsan los movimientos sociales latinoamericanos en la segunda mitad del siglo xx

Pablo Andrés Ortiz Gutiérrez

paaortizgu@unal.edu.co

Estudiante de Historia

Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá

RESUMEN

El presente texto se plantea la necesidad de reevaluar el papel de la clase como único motor de las movilizaciones sociales en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX; pretende abandonar las explicaciones esencialistas y abarcar otras identidades que impulsan a los actores sociales a organizarse y movilizarse. Se analizará particularmente el caso de las identidades raciales, de género y estudiantiles, en el marco de los procesos de democratización como respuesta a la avanzada del neoliberalismo que plantea al Estado como un ente no benefactor. Se estudian principalmente, las formas en las que se consolida la identidad, los reclamos y exigencias y los repertorios de movilización.

PALABRAS CLAVE

Clases sociales • Estudiantes • Género • Movimientos sociales latinoamericanos • Raza.

ABSTRACT

The present text raises the need to reevaluate the role of the class as the sole engine of social mobilizations in Latin America during the second half of the 20th century; it intends to abandon essentialist explanations and encompass other identities that drive social actors to organize and mobilize. We will analyse the case of racial, gender and student identities, within the framework of democratization processes as a response to the advance of neoliberalism that poses the State as a non-benefactor entity. The ways in which the identity is consolidated, the claims and demands and the mobilization repertoires are studied mainly.

KEYWORDS

Gender • Latin american social movements • Race • Social classes • Students.



El siglo XX representa un periodo de consolidación de las transiciones que se vienen gestando a nivel mundial desde el auge decimonónico de la era industrial y el paso hacia la modernidad. El acelerado crecimiento de la urbanización en contraposición a los espacios agrarios ha configurado lógicas sociales responsables de construir el entramado social en función de la entreveración de las identidades de los individuos, que en conjunto resisten y se adaptan al cambio. Con esto, la importancia de la comprensión del factor social se hace más evidente y las grandes movilizaciones empiezan a ser entendidas ya no como las acciones marginales de sujetos por fuera del orden estatal, sino como coyunturas que resumen, en últimas, las tensiones y choques internos de las sociedades¹. Sin embargo, derivado del estructuralismo más ortodoxo, se establece una visión esencialista de la identidad como concepto que debía impulsar los procesos de resistencia y conllevar radicalmente a la revolución. Según estas visiones, la clase era la que debía aglutinar a las masas sociales y a través de ella también debía cuestionar todo el modelo económico de desarrollo; desde allí se gestaban los verdaderos cambios y los que se interpretaban como trascendentes, en ese orden de ideas las luchas que traspasaran los límites

de la identidad de clase se banalizaban completamente. Esta visión aparece más profundizada por el marxismo de primera y segunda generación² que veía no solo en la identidad de clase, sino particularmente en la conformación de un proletariado con conciencia de sí, el verdadero origen del derrocamiento de la explotación subyacente en el gran capital.

Estas afirmaciones eran aceptadas de forma relativamente uniforme en el contexto europeo, atravesado por acontecimientos tan dicentes como la Comuna de París en 1871, la Primera Internacional de 1864, hasta la Revolución de Octubre de 1917. Pero ¿qué pasaba en el marco histórico latinoamericano? Evidentemente el siglo XX se enfrenta a una población sumamente heterogénea derivada de las independencias y de los largos intentos de consolidación nacional. Para los individuos fue imposible aglutinarse bajo el restringido marco de la clase; por eso mismo, las identidades étnicas, por ejemplo, fueron ganando terreno ante la creciente discriminación como resultado de la huella colonial de la sociedad de castas. Igualmente, lo que podríamos interpretar como un fracaso evidente de los nacientes Estados por ejercer soberanía trajo consigo formas sociales, económicas y culturales ne-

1 El profesor Mauricio Archila Neira explica cómo se lleva a cabo este proceso y el contexto en el que se desarrolla. Véase *Idas y venidas vueltas y revueltas* (Bogotá: ICANH, 2005), 35-83.

2 Sobre las diferentes generaciones del marxismo que ubican a Marx y Engels en la primera, y Lenin, Trotski y Stalin entre otros en la segunda. Véase Perry Anderson, *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental* (Madrid. Siglo XXI Editores, 1979).

tamente relacionadas con el espacio geográfico en el que se desarrollaron: esto le sumó importancia al regionalismo y se la restó al nacionalismo.

Durante la segunda mitad del siglo XX, se puede apreciar un cambio estructural económico asociado a organizaciones como la CEPAL, que buscaban guiar a los países del cono sur hacia la prosperidad económica. Lo anterior junto a la caída de la democracia con la era de las dictaduras en países como Chile, Argentina, Perú, Brasil, entre otros, generó una efervescencia que en los años ochenta puso de plano variadas fuerzas sociales. Dichas fuerzas resumieron la necesidad de sujetos marginados de organizarse y conjuntamente resistir.

Así, surgieron nuevos actores en la esfera política para conformar una compleja red de movimientos sociales que cuestionaban generalmente el modelo de desarrollo que desde esta época se empieza a plantear con la llegada de la ideología neoliberal³. A pesar de que los movimientos relacionados con la identidad de clase, como los sectores campesinos o los vinculados al mundo del trabajo, se desarrollaron con una velocidad relativamente mayor, en los años ochenta, las movilizaciones se dispersan hacia diversas identidades como el género y la etnia. Entre tanto,

otra identidad que también tiene un gran impacto en la segunda mitad del siglo XX es la de los estudiantes, pues son ellos quienes hacen frente a los intentos de privatización de la educación y consolidan (al igual que los movimientos étnicos y de género) unas luchas gestadas en dinámicas de larga duración.

¿Entonces podríamos afirmar que no es solo la clase, sino otro tipo de identidades las que impulsan a los individuos a organizarse y movilizarse? Si analizamos lo que finalmente buscan estos movimientos, podríamos vislumbrar sin mayor detalle que, al final, sus reclamos se reducen a una posición derivada de esta identidad en el sistema económico, es decir, de su clase social. ¿Los movimientos negros no se movilizan al final del día por la exclusión y la pobreza que sufren? ¿Las mujeres no cuestionan la división sexual del trabajo? Cuando los estudiantes se movilizan para reclamar la necesidad de la educación pública, ¿no son reclamos que nacen del seno de las clases bajas en contraposición a la privatización solo asequible para las clases altas? El presente ensayo pretende abordar estos interrogantes desde el estudio de caso de los movimientos sociales de mujeres, estudiantes y negritudes en América Latina llegando hacia las últimas décadas del siglo XX. No se pretende con este texto hacer una minuciosa reconstrucción histórica de los procesos de resistencia y movilización que acaecen en los países del cono sur. Por el contrario, la siguiente re-

3 Magdalena León M, «Movimiento social de mujeres y paradojas de América Latina», en *Mujeres y participación política*, ed. Magdalena León (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994) 9.

flexión pretende detenerse en la definición de conceptos claves que nos permitan evidenciar la diferencia —si la hay— entre todas estas identidades que convergen finalmente en el marco de la movilización.

► **Blanqueando y oscureciendo identidades: los procesos de mestizaje y racismo en el marco de la redefinición del «otro»**

Las movilizaciones de negritudes derivan de las diferentes tensiones que surgen a raíz de la definición cultural de la *raza*. Si bien biológicamente podemos decir que la raza en la especie humana se limita solamente a rasgos fenotípicos, es decir, los que se ven a simple vista; no sería correcto afirmar que esto conlleva diferencias físicas o intelectuales —mucho menos morales— que separen a los hombres blancos de los negros. Sin embargo, en contra de lo que algunos académicos mencionan⁴, Peter Wade otorga un carácter importante al concepto de raza a la hora de estudiar el desarrollo de las poblaciones afroamericanas y de sus formas cultu-

rales de sociabilidad. Para él, pese a que este no es un concepto físico, sí es histórico y se construye en el marco de complejas relaciones que se establecen en función del tiempo. Así, las dinámicas de racismo resumen todos los procesos de sometimiento y colonización de la población marginada⁵.

En ese sentido, la raza se diferencia de conceptos como *etnia*, en cuanto a que esta última se refiere a diferencias culturales: una persona de piel blanca que crece dentro de los márgenes de la comunidad indígena adquiere una identidad indígena, al igual que una persona de tez oscura que crece lejos del palenque, por ejemplo, no tendrá las mismas formas de ver el mundo que alguien que sí. La *raza* se refiere netamente a rasgos fenotípicos, esto último aplica probablemente solo para América Latina. Wade expone que estas conceptualizaciones son algo netamente contextual, en Estados Unidos, para no ir más lejos, el racismo se relaciona no solo con los rasgos físicos, sino que trasciende a los márgenes de la herencia: una persona que genéticamente es descendiente de poblaciones afro, por más que su piel y sus actitudes sean blancas, será catalogada como negra.

Si el concepto de *raza* se define culturalmente y el racismo no es un término fijo, hay que entender cómo la categoría de negro se ha construido en función del tiempo. En América Latina

4 Para algunos académicos, utilizar el término *raza* constituye un prejuicio racista, prefieren el término *etnia* teniendo en cuenta que biológicamente las razas no existen. Para profundizar en el tema véase Peter Wade, *Gente negra. Nación mestiza*, (Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 1997), 15 – 20.

5 Wade (Cap. 1).

se han configurado tensiones entre la fascinación y el rechazo del mundo negro. Existe una atracción asociada al mundo místico y mágico de las poblaciones afro, por lo mismo, la cantidad de imágenes que existe en torno a estas poblaciones, ligada entre otras cosas a la potencia sexual, al mundo profano de la santería y a la curación tradicional, ha generado una fuerte curiosidad en el mundo «no negro» que lo lleva cada vez más a trasladar las fronteras entre ambos mundos. Muchos mestizos o blancos buscan brujos populares para realizar ritos en cierta forma clandestinos, que les permitan adquirir todas esas cualidades que se les atribuyen a los negros. A su vez, los negros se identifican en cierta forma con estas imágenes y modifican sus prácticas ancestrales para ajustarse a las visiones que el mundo blanco tiene de ellos, con el fin de procurar una cierta aceptación o vinculación a ese campo cultural que se les ha negado⁶.

En suma, la identidad del mundo negro no deriva esencialmente de lo que es en sí, sino que se construye en un diálogo constante entre las visiones de afuera y las de adentro, se trata entonces de «los negros mirando a los blancos mirando a los negros»⁷. El rechazo por su parte está más generalizado y se afianza sobre visiones que categorizan a las poblaciones afro como «atrasadas» en el marco de la civiliza-

ción. Un fuerte estigma acerca de su supuesto carácter perezoso y vago también se impone de manera considerable y hace que se defina a estas poblaciones como indeseables. El problema, como hemos visto, es el rasgo físico, por ello, las comunidades intentan acceder al *blanqueamiento* y constantemente se resisten a derribar estos prejuicios.

Así, llegamos a un concepto en el cual debemos detenernos a la hora de analizar a estas poblaciones: el *blanqueamiento*, que está estrechamente relacionado con el *mestizaje*. Wade muestra cómo la categoría de mestizo va adquiriendo fuerza en el marco de las independencias, como resultado de la compleja sociedad de castas que paulatinamente fue abandonando las definiciones esencialistas, y en cierto modo maniqueas, de blanco, indio y negro⁸. El discurso nacionalista se construyó con base en la población mestiza, que quiso hacer frente a la exclusión que desde la metrópoli los colonizadores realizaban hacia ellos y que les impedía, entre otras cosas, tener dominio político de la región que habitaban. Si la nación se monta sobre la ideología de la nación mestiza —en contraposición de la blanqueada metrópoli española (en el caso hispano)—, entonces no se puede hablar peyorativamente de la raza negra, puesto que

6 Wade (70–78).

7 Wade 78.

8 Wade plantea un triángulo social donde los negros y los indígenas comprenden las esquinas de la base mientras que los blancos están en la punta superior. Véase Wade 61.

esta conforma parte fundamental de dicho cruce racial. Sin embargo, al republicanismo también llegan las visiones coloniales y esto es porque la mentalidad no cambia de manera tan inmediata como lo hace el aspecto material de las sociedades. Lo que sucede es que el racismo ya no puede expresarse de las mismas maneras.

Un claro ejemplo resulta ser la abolición de la esclavitud, que se da, a excepción de Brasil, en América Latina a mediados del siglo XIX. No obstante, el reconocimiento pleno de la cultura afro no se daría hasta finales del siglo XX con el discurso estatal del multiculturalismo⁹. Esto evidencia que el *mestizaje* no necesariamente hablaba de la igualdad racial, y que, aunque surgieran corrientes como la de la raza cósmica¹⁰, en general, el mestizaje fue un mecanismo para blanquear lo negro. Wade demuestra cómo existió una visión oculta en la cual las razas negras e indígenas estaban destinadas a desaparecer, de hecho, la sociedad creía que se volvería cada vez más blanca por medio del mestizaje¹¹. Estamos hablando de la necesidad social de limpiar la sangre.

9 El Multiculturalismo juega un papel fundamental en los estudios raciales, representa un Estado que reconoce la diversidad cultural, pero no legisla en relación de ella, un poco en contraposición al Interculturalismo que sí planea una legislación conjunta con las diferentes culturas que coexisten.

10 Esta ideología tiene como principal exponente a José Vasconcelos Calderón en 1925.

11 Wade 42.

Sin embargo, el autor demuestra que los negros pueden aceptar o resistirse a esta idea. En los casos particulares del Chocó y Antioquía vemos un ejemplo claro. En la población de Unguía los negros se cierran culturalmente e impiden la entrada del mundo blanco al dominio afro, por ejemplo, el matrimonio de un negro con una blanca o con una mestiza no es bien visto en el marco de la comunidad; sin embargo, desde otra orilla, en Medellín son los negros quienes se adaptan por medio del mestizaje para sobrevivir en el complejo margen de la ciudad¹². Es evidente entonces que la identificación racial se construye de forma cultural en el marco de las relaciones sociales que los individuos crean entre sí en torno a la conceptualización del fenotipo.

Con esto, empero, podríamos reducirnos al campo del idealismo y afirmar que son las condiciones culturales las que determinan la identidad racial, y esto dejaría por fuera la preocupación por la clase. No obstante, es evidente que las condiciones materiales constantemente inciden en las relaciones socioculturales de los individuos. No se trata aquí de hacer una jerarquía de los factores que impulsan o no las identidades raciales, pero hay que tener en cuenta que existe una relación dialéctica entre el materialismo y el idealismo (esta fue finalmente la propuesta de Marx).

12 Wade 78-81.

Para Wade existe una clara relación entre la identidad racial y la identidad de clase, pero no alcanza a ser determinante la una para la otra, por ejemplo, para los ojos de la población mestiza o blanca, todos los negros en esencia son pobres, pero no por ello todos los pobres son negros. Esta última frase guarda el problema fundamental de la relación clase - raza. Si la identidad negra derivara solo de su posición consecuente en el sistema de producción de la sociedad moderna, se podría afirmar que el dinero tendría la capacidad de *blanquear* a la población, pero esto no es exacto, pues en numerosas ocasiones una persona de piel oscura que se hace a una riqueza considerable continúa siendo excluida y el racismo incluso se incrementa puesto que entra a esferas alejadas del mundo negro en donde evidentemente no recibe aceptación.

Para concluir con este punto, diremos que la raza se desarrolla de manera relativamente aislada del mundo material, pero trastoca sus órdenes, pues el racismo se ve inmerso en la situación de pobreza de los negros que determina la exclusión y al mismo tiempo la pobreza que se incrementa por esta. En palabras de Peter Wade «el ver la raza como algo más que un producto de determinantes económicos significa que puede ser entendida por derecho propio; sin embargo, el verla como íntimamente ligada a los factores materiales significa que puede ser entendida de manera aislada»¹³.

13 Wade 398.

►La heterogeneidad en movimiento: las pretensiones políticas de los movimientos sociales de mujeres en América Latina

Para intentar evidenciar el peso de la identidad de género en contraposición con la identidad de clase, ya no abordaremos el problema desde la construcción identitaria y las categorías que definen a las mujeres. Aunque un análisis de ese tipo daría frutos indiscutibles, con el objeto de ampliar el alcance de este ensayo, en este caso, nos centraremos en los objetivos que persiguen la movilización y la relativa autonomía que alcanzan. Para Magdalena León, durante la segunda mitad del siglo XX las mujeres se organizan en torno a «redes regionales sobre temas como la crisis y la deuda externa, la salud integral y reproductiva, las trabajadoras domésticas, los derechos humanos, las mujeres negras, el derecho al aborto y contra la violencia sexual y doméstica»¹⁴. Toda esta amplia variedad de reclamos ha impedido que las mujeres se homogenicen de tal manera que sus voluntades aúnen en el marco convencional de la movilización (marchas, huelgas, motines). Representan entonces un cambio en las lógicas sociales puesto que, aunque buscan en últimas la igualdad de género, en un sen-

14 León 12.

tido amplio «su fuerza [radica] en que replantea [...] la forma de entender la política y el poder; cuestiona el contenido formal que se le ha atribuido y las formas de [ejercerlo]»¹⁵. El objetivo de las mujeres no es tomarse el poder, como puede llegar a serlo para fuerzas sociales como el proletariado, sino cuestionar los espacios desde los cuales es legítimo o no hacer política, la frontera tan marcada entre lo privado y lo público (este último tradicionalmente patriarcal) es el punto de acción, consciente o no, de los movimientos sociales de mujeres frente al concepto de empoderamiento.

Esto tiene a su vez una ventaja y una desventaja implícita; por un lado, permite que el movimiento se desarrolle alrededor de redes de cooperación que se articulan a la lucha subyacente en los terrenos de otras identidades como la raza o el mundo agrario, y que sus reivindicaciones vayan más allá del modelo de desarrollo y pongan de cabeza a las instituciones políticas tradicionales. Esto impide con mayor frecuencia que el movimiento sea cooptado y permite que se desarrolle de forma relativamente autónoma de los intereses políticos que le rodean. Pero a su vez, la contundencia de las acciones no siempre consigue dar uniformidad a los reclamos desde los que parte. Con respecto a este último punto, Virginia Vargas menciona que no existe un único movimiento de mujeres (por eso en el trans-

curso del presente texto nos hemos referido a estos de forma plural), sino que internamente representan un sinfín de identidades ideológicas que no recaen solamente sobre el radicalismo feminista. Las madres de mayo son un claro ejemplo de un movimiento que parte desde las categorías tradicionales de la institución de la familia; mientras que los movimientos feministas que abogan por la libertad reproductiva y el aborto están cuestionando precisamente estos órdenes. Ambas son fuerzas provenientes de la identidad que como mujer tienen y de las condiciones materiales de marginalización a las que han sido sometidas.

Vargas también evidencia que esta confluencia de intereses tan diversos se debe a que estos movimientos se ubican en «el cruce de dos etapas históricas: la moderna inconclusa y una nueva, por definirse, cuyos inicios parecen expresarse en la posmodernidad»¹⁶. El movimiento de mujeres se disputa entonces entre la diversidad y la fragmentación, claramente sus intereses van mucho más allá de los reclamos de clase, y parten de un cuestionamiento profundo al orden social, que, aunque en ocasiones tiene que ver con el mundo del trabajo y la producción o reproducción, en otras, cuestionan las formas institucionales de empoderamiento de los sujetos.

15 León 14.

16 Virginia Vargas, «El movimiento feminista en América Latina: Entre la esperanza y el desencanto», en *Mujeres y participación política*, ed. Magdalena León (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994), 63.

Para finalizar, y de manera un poco más breve, miremos cuáles son los alcances reales que pueden tener movimientos tan heterogéneos. Para Jane Jaquette, el papel del movimiento de mujeres, particularmente en la década de los años ochenta, revela su importancia a través de su participación en el proceso de transición a la democracia tras la era de las dictaduras en el cono sur. El planteamiento de Jaquette parte del hecho de que «cada una de [las] ramas del movimiento de mujeres tuvo orígenes y metas diferentes, la oportunidad e inclusive la necesidad de cooperación surgieron de las demandas planteadas por el mismo proceso de transición»¹⁷. Toda esa compleja red de intereses que vimos en párrafos anteriores consigue resistir mediante la interacción y colaboración de otros sectores que se ven encarnados en los movimientos de mujeres. Para la autora, los periodos de represión crítica ampliaron la base de los movimientos sociales de mujeres, dada la violencia e intentos de supresión, más mujeres se organizaron y movilizaron¹⁸. «A pesar de sus diversos orígenes y metas, cada una de estas ramas de movimientos de mujeres convergió en una estrategia de oposición al régimen militar, estrategia que las unió.

Cada grupo usó formas diferentes para acceder a la esfera pública»¹⁹.

► Los estudiantes también se mueven: la protesta social en torno a los efectos neoliberales de la privatización

Para finalizar el presente ensayo, este apartado pretende abarcar las movilizaciones estudiantiles que se dan hacia finales del siglo XX e incluso en las primeras décadas del siglo XXI en América Latina, como resultado del constante proceso de privatización. En este caso ya no abordaremos los procesos de reconocimiento identitario ni las peticiones que realizan, sino las prácticas discursivas en torno a las cuales enmarcan sus movilizaciones.

Entender las movilizaciones estudiantiles como coyunturas que resumen procesos de larga data puede darnos luces para comprender por qué el 2011 es un periodo de tanta efervescencia que consigue replantear las formas de protesta. El profesor Mauricio Archila muestra cómo los movimientos estudiantiles que transcurren en Colombia son el resultado del convulsionado ambiente político en el que siempre se vieron envueltos. Tras mencionar las tensiones con el bipartidismo y el posterior conflic-

¹⁷ Jane Jaquette, «Los movimientos de mujeres y las transiciones democráticas en América Latina», en *Mujeres y participación política*, ed. Magdalena León (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1994), 119.

¹⁸ Jaquette 127.

¹⁹ Jaquette 129.

to armado, el profesor Archila aterriza en el movimiento histórico del 2011 que conformó la Mesa Amplia de Negociación Estudiantil y muestra que es evidente en este punto que todas las luchas previas se resumen y por eso este movimiento consigue tal impacto, no por compilar los motivos y reclamos sino por expresar el cambio en los repertorios de lucha²⁰.

En este sentido, el caso chileno es muy dicente también, Fabio Moraga Valle muestra cómo un movimiento que empezó reuniendo a un grupo de estudiantes de medicina en 1906 se fue transformando a partir de las tensiones de la censura y fuerte represión de la dictadura militar de Augusto Pinochet. Moraga menciona la dependencia que tiene la universidad de Chile particularmente con el Estado, lo que genera que estos golpes sean sentidos con mayor vehemencia. Las prácticas discursivas en las que se enmarca la movilización del estudiantado chileno juegan un papel fundamental de resistencia ante los intentos de privatización del régimen, que desencadenará en las condiciones necesarias para el retorno de la democracia²¹. Aún allí los

estudiantes siguen luchando por gestar una apertura del sistema educativo nacional. El 2011 es también significativo en este terreno para Chile: la carnavalización de las marchas, el llamado a una protesta pacífica y la vinculación del conjunto de los miembros que componen el sistema educativo (profesores y bachilleres) plantea un precedente para las movilizaciones sociales en la región. Urra Rossi relata una crónica de este último movimiento y rastrea las maneras en las que los estudiantes se aglutinan, organizan y mueven²².

A partir de estos dos casos, es posible concluir que los estudiantes, pese a tener la barrera del sesgo generacional, constituyen procesos históricos de larga duración que, si bien no conectan intereses concretos entre sí, sí van desarrollando y modificando los repertorios de lucha. Esto, con respecto a la clase, nos deja entrever que el estudiante ha tenido numerosos momentos de su historia en los que se ha manifestado tanto por la educación pública, como por la situación coyuntural en la que se encuentra el país en que se gesta y que en últimas pone en riesgo la capacidad universitaria de ejercer autonomía. Por lo tanto, el movimiento estudiantil está relacionado más a un objetivo político y situacional que a la identidad de clase, que por

20 Mauricio Archila Neira. «El movimiento estudiantil en Colombia: Una mirada histórica», *Revista del Observatorio Social de América Latina* Año XIII: N.º 31 (2012).

21 Fabio Moraga Valle. «Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno», *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, ed. Renate Marsiske (México: UNAM, 2006 tomo III)

22 Juan Urra Rossi. «La movilización estudiantil chilena en 2011» *Revista del Observatorio Social de América Latina* Año XIII: N.º 31 (2012)

la brevedad de lo generacional no alcanza a vincular completamente. Cuando en Chile se puso en riesgo la libertad de cátedra, la Universidad Católica también se movilizó, es decir, los intereses de este movimiento trascienden los de una clase en particular y pueden llegar momentos en los que el grueso de la población salga a protestar, aunque los planteamientos estén relacionados con la esfera pública y las clases bajas.

►Una breve respuesta inicial

Con estos insumos podemos concluir que: **1.** La identidad de clase es solo uno de los motores que impulsan a las sociedades a movilizarse y a organizarse, pero que converge en el marco de numerosas situaciones como lo son la raza o el género. **2.** Los individuos son incapaces de tener una sola inclinación identitaria y si bien la clase los marca considerablemente, pues deriva de su mundo material, también se establecen relaciones dialécticas con su mundo ideal que se anidan en su cultura y cosmovisión. **3.** Si varias identidades convergen en un solo plano, es necesario abandonar los esencialismos que apuntan hacia una sola explicación de la movilización social, no es solo la clase la que gesta los verdaderos cambios, sino es la conciliación de las tensiones culturales y materiales las que finalmente determinan el rumbo de la movilización social. Debemos buscar entonces no solo la pieza aislada, sino el rompecabezas en su conjunto. 

►Bibliografía

I. Fuentes secundarias

Anderson, Perry. *Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*. Madrid. Siglo XXI Editores. 1979

Archila Neira, Mauricio. «El movimiento estudiantil en Colombia: Una mirada histórica». *Revista del Observatorio Social de América Latina* Año XIII: N.º 31 (2012)

———. Introducción a *Idas y venidas vueltas y revueltas*. Por Mauricio Archila Neira. Bogotá: ICANH. 2005, 13-83.

León, Magdalena, ed. *Mujeres y participación política*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1994.

Moraga Valle, Fabio. «Crisis y recomposición del movimiento estudiantil chileno». En *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, editado por Renate Marsiske. México: UNAM. 2006, tomo III.

Urra Rossi, Juan. «La movilización estudiantil chilena en 2011». *Revista del Observatorio Social de América Latina* Año XIII: N.º 31 (2012).

Wade, Peter. *Gente negra. Nación mestiza*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. 1997.